

TRES VECES AUGUSTO PÉREZ

Antonio ÁLAMO

1. A PROPÓSITO DE LOS VAMPIROS

En el centro del canon literario universal se encuentra un tal William Shakespeare, un actor que se unió a un grupo de cómicos allá por el año 1587. No deja ser un fastidio: ¡un actor, un cómico, produce todas esas influencias, toda esa ansiedad!

Pero la cosa es aún más grave: entre sus obras cuesta encontrar temas originales, temas que no sean reescrituras o dramaturgias de otros textos: narrativos, históricos e incluso ensayísticos. *Hamlet*, por ejemplo, no es sino reescritura de otra obra teatral que proviene a su vez de una obra narrativa que tiene su origen en una leyenda. Y el mismo Cervantes y su Quijote fueron usados para componer su última obra, *Cardenio*, escrita en colaboración con John Fletcher, un autor que bebió la sangre de Cervantes en no menos de media docena de ocasiones, sin que el pobre Cervantes llegara siquiera a sospecharlo. Para colmo, no parece que a ese tal Shakespeare le preocupara excesivamente la fidelidad al modelo original, ni tampoco que mostrara gran interés en dejarnos una edición de sus obras como Dios manda antes de irse al otro barrio, como si las palabras solamente existieran para ser *representadas*, para ser dichas en voz alta, gritadas o susurradas, y, una vez cumplida esa función, debieran extinguirse para siempre, regresar a la niebla de donde surgieron.

Si bien podemos determinar con exactitud cuándo tuvo lugar la primera aventura editorial (en 1455 Gutenberg se convierte en el primer editor de la historia y, como no podía ser de otra manera, elige, entre todos los libros posibles, el *best-seller* de la época para probar la eficacia de su invento: la Biblia), sería imposible establecer una fecha fundacional del teatro, esto es, determinar el año de la primera representación teatral. No hay arte más primitivo. Fijémonos en los mitos que pueblan nuestra cultura: muy frecuentemente la primera forma donde se describieron fue en el teatro. De Edipo a Don Juan; de Peter Pan a Romeo y Julieta, fueron alumbrados primero en el teatro, y del teatro pasaron a la vida, si es que no estaban ya en ella.

La literatura no podría explicarse ni comprenderse sin el escenario, que es un lugar polvoriento y oscuro, donde los cuerpos sudan y se estremecen, donde hay lágrimas, risas, gritos, canciones y bailes, un lugar que se parece más a una pista de circo que a una impoluta y aséptica biblioteca. El escenario es uno de los principales campos de batalla de la literatura, y sus hacedores no tienen escrúpulos en beber la sangre de cuantos ríos de tinta se pongan por delante: novelas, ensayos, epistolarios, crónicas, poemas... Todo parece valer a esos vampiros que, ni siquiera, parecen excesivamente refinados ni cultos.

Cantando bajo las balas. Actor: Adolfo Fernández, como Millán Astray. Dirección: Álvaro Lavín. Fotografía de Agustín Hurtado.

Por lo que a mí respecta, he sido el vampiro invitado a saltar a la yugular de los más diversos autores: Cervantes, Shakespeare y Fletcher; Juan de la Cueva y Lope de Vega; Fernando de Rojas y sor Juana Inés de la Cruz; Santa Teresa de Ávila y Fray Luis de León; Pierre Louÿs y Prosper Mérimée; Arturo Pérez-Reverte y W. W. Jacobs; Dalton Trumbo y Karen Blixen, y... sí, y también Unamuno, y nada menos que en tres ocasiones.

Uno, simplistamente, procede de esta manera: lee la obra, la relee, la vuelve a releer y, luego, sin perder de vista el lugar y el modo en que esas palabras y acciones van a ejecutarse, es decir, la escena, la reescribe *como si fuera suya* y, por tanto, se permite todas las licencias del mundo. A veces, al menos en un principio, puede parecer una tarea poco menos que imposible dar forma teatral a alguno de esos textos –especialmente los más narrativos–, pero el escenario no solo es un espacio vacío: también es infinito.

En un mundo en el que a veces tenemos la sospecha de que nos hemos olvidado de escuchar, incluso de leer, miles personas se sientan a diario en la oscuridad, precisamente, a eso, a escuchar.

Y digamos que, modestamente, víctimas y verdugos salimos bien parados.

2. UNAMUNO EN LA NIEBLA

Fue mi primera incursión unamuniana en el teatro. Partía de la novela, claro, que había sido una de las experiencias literarias más intensas de mi juventud. Volví a leerla. *Niebla* me impresionó de la misma forma que en la primera lectura. Se estrenó en 2003, en Salamanca, con el título *Unamuno en la niebla*. Concentré la acción en el extraordinario capítulo xxxi: el propio Miguel de Unamuno recibe a un desesperado Augusto Pérez, que

acaba descubriendo lo que, antes o después, todos los hombres descubren: su carácter ficticio.

El propósito confesado de Unamuno, que yo no quise perder de vista, fue el de ensayar el género humorístico. A la gresca con las palabras, el autor se refiere a ella como una novela «malhumorística». Como en toda su producción novelesca, Unamuno elude cuanto puede la descripción física de sus personajes. Estos son, sobre todo, lo que hablan y hacen. También lo que hablan consigo mismos, que no es poco. O sea, teatro. Asimismo, y como es habitual en Unamuno, nos encontramos con una indeterminación geográfica, espacial y temporal. La única ciudad real que aparece es Salamanca, citada en una ocasión, en el capítulo xxxi, base principal de esta reescritura.

Augusto ha hecho un largo viaje para visitar, sin previo anuncio, a Miguel de Unamuno. Le pesan las horas de viaje, así como los acontecimientos de los dos últimos meses que le han llevado a enamorarse como un adolescente por primera vez en su vida, a conocer la traición y a desesperarse del todo. Cuando aparece en escena lleva una maleta de viaje, ligera, donde no obstante le cabe al bueno de Augusto un poco de todo: tristeza, amarga tristeza, celos, rabia, miedo, odio, amor, compasión, desprecio y, sobre todo, vergüenza, una enorme vergüenza y la terrible conciencia del ridículo en el que ha quedado: de ahí el aspecto fantasmal al que alude su interlocutor, fantasma hecho de cansancio y confusión de pasiones. Es un hombre que está pensando seriamente en quitarse la vida. O sea, como todos. Pero no le va a ser posible. Algo, además de Unamuno, se lo impide: Augusto Pérez no está vivo ni está muerto, como el gato cuántico de Schrödinger. Es un ente de ficción, producto de una fantasía múltiple: la del autor y la de



En un lugar de la niebla, de Antonio Álamo. Actores: Ramón Langa y Juan Polanco, como Alonso y Sánchez. Fotografía de Agustín Hurtado.

los lectores, o la de los actores y el público. Unamuno y Augusto Pérez se retan, con vehemencia: uno está decidido a sentenciar a muerte al otro y este a salvar el pellejo. Unamuno se muestra autoritario, arbitrario, españolísimo y poco compasivo. Augusto Pérez, en cambio, es solo un buen hombre, un *panoli desaborido*, que, no obstante, se rebela en este acto final de su historia. Nuestra simpatía, por supuesto, está con él. Es un hombre común, una sombra que hace apartes consigo mismo, un personaje de teatro, alguien que *busca a su autor y lo desafía*. Resulta inevitable acordarse de Pirandello, y llegar a la conclusión, legítima, de que Unamuno lo dijo mejor que Pirandello.

Cuando, en la novela, Augusto muere (¿pero muere?), antes de su última agonía, parafraseará a Hamlet: «¡Morir..., dormir..., dormir... soñar acaso!», y, un poco antes, anticipándose y destronando a Unamuno, escribirá un telegrama a este a modo de testamento: «Se salió usted con la suya: he muerto».

Pero no, no has muerto, Augusto Pérez.

3. EN UN LUGAR DE LA NIEBLA

En la segunda de las ocasiones, el encargo era, en realidad, hacer una dramaturgia en torno a *El Quijote*. Se estrenó en 2005 en el Festival Internacional de Almagro, con dirección del gran Jesús Cracio, y partimos de una premisa de clara raigambre unamuniana:

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, el más famoso caballero andante que ha existido nunca, don Quijote, cree ser un tal Alonso Quijano...

Recordemos que en el libro de Cervantes la existencia de Alonso Quijano es la mínima expresión de una existencia. Se diría que todo lo sabemos sobre el Quijote, pero que muy poco sobre Alonso Quijano. Me propuse, pues, poner el foco en este y olvidarme de aquel y lo que surgió, de forma natural, no fue sino una especie de Augusto Pérez, alarmado por la posibilidad de su no-existencia y pidiéndole cuentas a su creador... Digamos que Don Quijote de la Mancha, en el último de sus desvaríos, cree y, sobre todo, desea ser



Cantando bajo las balas. Actor: Adolfo Fernández, como Millán Astray. Dirección: Álvaro Lavín. Fotografía de Agustín Hurtado.

un hombre común, un tal Alonso Quijano, del que nadie ha oído hablar.

Solo está de veras despierto el que tiene conciencia de estar soñando...

La obra transcurre en el verano de 1614, en las mismas entrañas de la novela de Cervantes, donde esta acaba; luego en el invierno de 1615, en casa de este, y, por último, prosigue y acaba al anochecer, a comienzos del siglo XXI, al borde una carretera, cerca de El Toboso, donde se intuyen las luces de neón de uno de los muchos burdeles que, en vez de ventas, ahora pueblan la geografía de La Mancha... Aquí Sancho y Alonso se han transmutado en hombres comunes: un Sánchez y un Alonso cualesquiera, que, inequívocamente, tienen rasgos de Vladimir y Estragón. Por supuesto, Cervantes / Godot ni siquiera aparece, ni se le espera, en esta última aventura.

ALONSO. Hipotecas, horarios, balances, fechas de entrega, expedientes, huelgas, sindicatos, compromisos, secretaria, reuniones, portafolios, colaboradores, privilegios, jefes, subalternos, importancia, estrés, videoconferencias, retrasos, bonos, salarios, pagas extra, derechos adquiridos, rebajas de invierno, regalos de Navidad, comidas de empresa, suscripciones, números, cuentas, pagos, haberes, seguros, impuestos, falta de tiempo, deudas, acreedores, multas de tráfico, perspectivas, planes de futuro, encargos, solicitudes, peticiones, llamadas, correspondencia atrasada, citas ineludibles, ordenadores, microondas, garantías, club social, gimnasio, paddle y tai-chi. Nunca antes en el mundo hubo tal exceso de realidades. Si nuestro señor Don Quijote resucitara y volviera para hacer una cuarta salida, no tendría necesidad de inventar ninguna fantasmagoría: ya lo hemos hecho por él. Y con eso y con tirar para adelante nos basta.



Cantando bajo las balas. Actor: Adolfo Fernández, como Millán Astray. Dirección: Álvaro Lavín. Fotografía de Agustín Hurtado.

Con existir nos basta. Pero ¿existimos?
¿Existimos de verdad?'

4. CANTANDO BAJO LAS BALAS

La tercera de las obras es *Cantando bajo las balas*. En esta no parto de una obra concreta del escritor, sino de un episodio de su vida. Pero llegué a este casi de casualidad, tras leer un libro en el que se refería a una entrevista privada de Unamuno con Franco en los prolegómenos de la guerra incivil². Comentaba este que Unamuno le había pedido que no bombardeara Bilbao, y al preguntar Franco la razón de esta petición, se explicaba diciendo que tenía dos casas allí. ¿Sería verdad? Visité la hemeroteca para ver si, en los periódicos de la época, se hacía alguna referencia a esas entrevistas que mantuvieron en Salamanca Franco y Unamuno. No las había, o, al menos, yo no las encontré, pero sí me topé con las crónicas y discursos de la celebración del 12

de octubre de 1936. En los periódicos consultados se omitía, como era lógico suponer, el encontronazo que protagonizaron Unamuno y Millán Astray, pero este segundo personaje acaparó mi atención. Había algo que equiparaba a uno y otro: su ansia de inmortalidad, aunque se manifestara de una forma diametralmente opuesta: la razón y la violencia, enfrentadas, y, en medio, España, España y sus muertos. Me dio por imaginar un monólogo –que, al decir atinado de Unamuno, es siempre diálogo– de Millán Astray contando y cantando su versión de los hechos. Naturalmente, tendría que salir de la tumba para hacerlo, y lo haría en el mismo Paraninfo de la Universidad acompañado de otros cadáveres (entre ellos, el de Unamuno): una especie de cabaret necrófilo. Por supuesto, Millán Astray no deja pasar la ocasión de zaherir a Unamuno con la anécdota que está en el origen de la pieza:

MILLÁN ASTRAY. Va y me dice Paquito, muy serio, pero riéndose por dentro, a su estilo: «Estuvo otra vez Unamuno en mi despacho». ¿Y? «Me dijo una cosa...» ¿Qué te dijo, Paquito? «Me dijo que le hiciera un gran favor». ¿Cuál? «Me dijo que le hiciera el gran favor de no bombardear Bilbao». Ah, ¿y eso? ¿Por qué? «Porque él tenía dos casas allí y no le agradaría que se las destrozasen»³.

La obra, que dirigió magistralmente Álvaro Lavín, con un Adolfo Fernández superlativo, se estrenó el 23 de febrero en el Teatro Juan Bernabé de Lebrija, y luego pasó al Centro Dramático Nacional. En el prólogo a la edición de la obra teatral, rememoró un recuerdo emocionante de la noche del estreno:

Cuando se oyeron las primeras palabras con las que Unamuno se enfrentó a la insensatez generalizada, se escucharon unos aplausos asilados. No fue todo el patio de butacas, sino un solo espectador. Y esos aplausos sonaron tan huérfanos como las palabras que Unamuno pronunció en aquella celebración de la masacre, unas palabras que aún nos recuerdan la existencia de los individuos perdidos en la masa.

En la obra, crónica del 12 de octubre de 1936, narrada por el cadáver invicto del general José Millán Astray y Terreros, fundador de la Legión, este también repasa su vida entera, en especial sus hazañas bélicas, pero se concentra en esta que tuvo lugar en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca. No deja de resultar irónico: después de tanta sangre y tantos muertos, de tantas gloriosas arengas, de haber dejado esquirlas y jirones de sí mismo en los campos de batalla, su gesta más famosa y recordada será, a la postre, aquella que le enfrentó a un viejecito indefenso que hacía pajaritas de papel. Sus actos de arrojo y coraje quedarán al final, pues, reducidos a nada. Vence el viejecito.

También resulta irónico –aunque trágico– que la entrevista entre Unamuno y Augusto Pérez, que dio a la imprenta en 1914, tuviera su distorsionada réplica en la vida real doce años después, pero con los papeles cambiados: en esta escena –que no tiene lugar entre las páginas de un libro y ni siquiera en un escenario, sino en esa otra ficción mayor, la de la propia vida, la vida real– Millán Astray pretenderá negar la existencia de Unamuno, y Unamuno, ahora un Augusto Pérez cualquiera, un hombre común, elevándose por encima de la masa, se rebelará contra la sinrazón, la fuerza bruta y la niebla.

NOTAS

¹ ÁLAMO, Antonio. *En un lugar de la niebla*. Huerga y Fierro Editores, 2011.

² FRANCO SALGADO-ARAUJO, Francisco. *Mis conversaciones privadas con Franco*. Planeta, 1976.

³ ÁLAMO, Antonio. *Cantando bajo las balas*. Ñaque Editora, 2007.